Claudio Sánchez-Albornoz. ***España, un enigma histórico***. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1971. pp.75 a 98.

Capítulo II

LA TIERRA Y EL HOMBRE EN ESPAÑA

Repetidas declaraciones de las páginas anteriores me liberan de toda posible acusación de alistamiento en cualquier escuela simpatizante con cualquier tipo de determinismo histórico. Ellas me excusan de razonar mi negativa a tener a la tierra como motor esencial de la historia. Mas al estudiar las fuerzas motrices del acaecer histórico repetidamente he registrado mi fe en la acción del suelo en el acuñar de la herencia temperamental de los pueblos, durante su lenta gestación en la matriz de la remota prehistoria, y en la prolongación o mudanza de esa contextura vital, a lo largo de la historia. La tierra no ha determinado el curso del pasado; pero, ¿cómo negar que ha contribuido a su forja en unión de los otros factores dinámicos del devenir humano?

El estudioso que se propusiera examinar el tema de las relaciones entre la tierra y el hombre en España tendría ante él un amplísimo repertorio de cuestiones. Apenas puedo esbozarlas aquí. Pero no es posible intentar entender el pasado español sin asomarse a los horizontes que esas relaciones nos ofrecen; horizontes, porque esas relaciones abarcan muchos aspectos diferentes.

No; no es lícito prescindir de apuntar la influencia del medio geográfico en la historia española. La geografía ha influido en el pasado de cualquier pueblo por caminos diferentes. Ha facilitado o dificultado sus contactos de cultura al otorgarle condición insular o peninsular o al encerrarle en el centro de un extenso continente; al situarle en las orillas de un mar fácil de navegar o en las de uno sólo algunos meses al año navegable -Braudel ha registrado las diferencias de tal naturaleza que separan el Egeo del Mediterráneo occidental-; al colocarle en el centro de las corrientes fecundas de la vida espiritual o de la vida económica de cada época histórica o al arrinconarle lejos de ellas. Ha favorecido el fácil despliegue de sus energías nacionales mediante el regalo de un suelo fértil y rico, de un clima propicio, de comunicaciones cómodas y

baratas, o le ha obligado a gastar esas energías en la dura contienda con una tierra pobre y áspera, de clima extremado y de caminos montañosos y difíciles o en la lucha con una tierra de grandes contrastes, tajada por sierras, que fuerza al pastoreo y a la trashumancia y favorece el bandolerismo. Ha hecho muy fácil o muy difícil el desarrollo de la vida industrial de la nación con la abundancia o la falta de las primeras materias precisas para ella. Ha movido al espíritu a concentrarse en sí mismo o lo ha lanzado en grandes cabalgadas hacia el mundo exterior. Y mediante otra serie de circunstancias y de procesos muy diversos ha impulsado o estorbado la forja de una u otra contextura vital.

Es fecunda la negativa a ver en el curso del pasado la pura acción de necesidades y apetencias materiales; pero el *modus operandi* de cualquier pueblo no ha podido madurar en un puro mundo de ideas desprendido de todo contacto con la tiranía eterna del vivir. En el gigantesco entrecruce de acciones y reacciones que es la historia, las fuerzas espirituales y materiales se han influido de modo continuo. La contextura temperamental de una comunidad se acuña en batalla con el medio y de él recibe improntas perdurables, y ella a su vez influye en el aprovechamiento intensivo o poco inteligente de las condiciones que el medio le brinda, en función, muchas veces innegable, de la acción permanente del medio sobre la articulación biológica de los miembros activos de la comunidad.

La tierra compensa a veces a un mismo pueble disfavores con mercedes, y a la inversa.

La riqueza del subsuelo español hizo entrar a España en la historia. El cobre, el estaño y la plata peninsulares atrajeron hacia las costas del hispánico *Finis Terrae* a los navegantes orientales. La extrema occidentalidad de Hispania fue superada por la codicia que de nuestros minerales sintieron hombres cuya vida transcurría, ya, a la luz de la historia. Y en las playas de España se apoyó desde entonces uno de los extremos del eje vital y cultural del mundo antiguo.

Y si el cobre del primer Ebro español -de Río Tinto-, el estaño portugués y galaico y la plata tartesiana y mastiena -de Andalucía y del Sureste- ganaron para Hispania un puesto en la historia, coincidiendo con el momento ascensional de la cultura en la cuenca oriental del mar Mediterráneo, el oro astur y el hierro Cántabro decidieron luego la incorporación del Norte de España al Imperio Romano, en el instante de su estructuración definitiva. En el extremo Occidente el *homo hispanus* fue, pues, incorporado al curso de la vida y de las culturas antiguas por obra decisiva de su tierra; de la misma tierra que le había apartado de ellas. Esa tierra iba luego a poner plomo en el ala del águila española en su vuelo hacia la altura.

El extraordinario crecimiento demográfico de la que llegó a ser capital del mundo al filo de nuestra Era y las necesidades que la macrocefalia de Roma suscitó, mantuvieron activa la comunicación del hombre español con la urbe imperial. Su trigo, su aceite y su riqueza minera, tanto como la guerrera rudez que le hirsuto Norte

otorgaba a Cántabros y astures, siguieron superando la extrema occidentalidad de España y facilitaron el creciente despliegue de la vida espiritual de los peninsulares. La caída de Roma, primero por el desplazamiento y la división de la capitalidad del Imperio y luego por la ruina de éste, arrinconaron a Hispania, otra vez, en el *Finis Terrae.* La situación excéntrica de la tierra habitada por el *homo hispanus* se acentuó luego, cuando la cultura de Occidente se territorializó y el peso de la historia occidental se inclinó hacia el septentrión, y más aun al quedar Al-Ándalus inscrita en la órbita histórica del Islam, cuyo centro espiritual estuvo en Oriente. Esta acentuación gravitó intensamente sobre la vida histórica de España hasta 1492. Porque siempre llegaron hasta ella tardíamente, y desde lejos, las incitaciones ideológicas de los grandes focos espirituales de la época y no pudo colaborar activa y oportunamente en ninguno de los dos grandes procesos culturales de Oriente y de Occidente.

En 1492, el gran golpe de timón en la navegación histórica de Occidente que significó el descubrimiento de América por las naves castellanas, cambió de pronto la situación geográfica de España en el mundo. Y de hallarse situada en el extremo occidental de la tierra habitada pasó a ocupar una nueva situación estratégica, insuperablemente favorable, para poder ofrecer a Europa el regalo de un nuevo continente, para traer a este lado del Atlántico la vieja cultura y para ocupar una posición hegemónica en el mundo.

Ni antes de la conquista romana, ni durante el señorío de Roma, ni a través de la Edad Media, ni en el curso de la Modernidad, la tierra decidió, claro está, de los destinos de España, pero ningún historiador podrá escudriñar el enigma español prescindiendo de la acción multifacética del solar nacional en la historia española.

Desnudemos de retórica el tema del hombre y la tierra. Las delicias de la vida campesina española fueron tópicos literarios de quienes no eran labradores y no tenían que luchar con sus dolores y sus angustias; tópicos literarios de quienes no iban a buscar al campo sino placentero descanso de sus tareas urbanas o, para mejor decir, consuelo de sus despechos cortesanos. Y venzamos la cálida, acendrada, nostálgica, apasionada devoción que en el exilio nos ata a la tierra madre de España; esa devoción que nos tortura hasta la congoja y nos hace enviar cada hora a través del Atlántico flechas de dolor y de amor hacia el solar hispano. Desnudemos de retórica el tema del hombre y la tierra y venzamos esa férvida inclinación apasionada por la tierra de España para enfrentarla con ojos serenos. Aunque me excomulguen por materialista, me será preciso señalar que en la aspereza y pobreza de esa tierra y en la rudeza y acritud de vida que ha impuesto a quienes han vivido trabajándola están hundidas algunas de las raíces de la contextura vital hispánica.

***

Los *laudes Hispaniae* que van de Mela y Plinio a San Isidoro y Alfonso el

Sabio... podrían inducirnos a error sobre la riqueza del suelo español. Sus palabras desfiguran la realidad. A la real apreciación de la fertilidad agraria y de la riqueza minera de algunas zonas de la península por gentes mediterráneas de tierras no más ricas que Hispania -remito al magnífico libro de Braudel- se unieron: ora la torpe adulación a emperadores de origen hispano, ora el acendrado amor patrio de algunos españoles. Más fundadas parecen las alabanzas de éstos por autores griegos y latinos; las alabanzas de los hombres que habían de luchar con la tierra de hispania.

Hace dos mil años Estrabón decía ya de la Península en su Geografía, II, 1, 1: "En su mayor extensión es poco habitable, pues casi toda se halla cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado."

Es bien sabido que sólo alrededor del 40% del solar español es cultivable; el resto son tierras montañosas o esteparias. Los crudos inviernos y los abrasadores estíos de muchas regiones de España, lo desigual e incierto de sus lluvias, las escasa fertilidad de buena parte de su suelo, lo magro de sus cosechas habituales, que no podían compensar los raros años buenos, y la creciente acción de la ventosa señorial al correr de los siglos -no sólo por la historia sino por la geografía provocada, pues en las tierras pobres y secas surge fácilmente el señorío-, han endurecido y acerado a los labriegos españoles obligados a sufrir durante milenios inclemencias o desdichas; y los han movido a huir muchas veces de sus campos en busca de fortuna. ¡Rudos, violentos, crueles! ¿Cómo podían ser suaves y sensibles, forzados a luchar con el cielo, con la tierra, con sus señores y con sus hermanos de desgracia, año tras año, generación tras generación siglo tras siglo? A la menor vacilación y flojera, la miseria. Una brecha de holganza en la existencia más que sobria de cada día y asimismo la miseria. Unos años malos, de heladas a destiempo, de sequías, de tronadas... y la miseria también. Dios inclemente, el Señor inmisericordioso y la usura encadenando en seguida con sus grillos al pobre labriego de Castilla. Hasta forzarle a romperlos con violencia, a huir de sus pagos y a buscar el pan lejos, en tierras más fértiles, en la ciudad, en la guerra o en la vida al margen de la ley.

¡Holgazanes, vagabundos, pícaros, bandoleros! Es fácil acusarlos, no es difícil su justificación.

La infraestructura económica de España ha sido y es poco favorable para la fácil vida de los españoles. Hispania es un castillo roquero: "Por cualquier costa que se penetre en la península española -escribe Unamuno- empieza el terreno a mostrarse, al poco trecho, accidentado; se entra luego en el intrincado de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega por fin, subiendo más o menos, a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos."

500 METROS

1OOO METROS

Sus palabras están confirmadas y aun ensombrecidas por la geografía. La tierra comienza a arrugarse antes de los veinte kilómetros de la orilla del mar y, de ordinario, en seguida se alzan altas serranías, rara vez accesibles y a las veces elevadísimas. Sólo es relativamente fácil el acceso en la Península desde las costas atlánticas portuguesas, y ni siquiera desde ellas es cómoda la subida a la meseta. Ésta se halla muy lejos de ser llana. El perfil de cualquier corte vertical del suelo de hispania es más elocuente que cualquier descripción. Incluso la depresión del Ebro se halla estrangulada en las vecindades del Mar Mediterráneo.

En su conjunto la Península es, aparte Suiza, la tierra más alta de Europa. Un 24,31% del solar de España se halla entre los 1.000 y los 2.000 metros de altura y un 41,92% del mismo se eleva entre los 500 y los 1.000 metros sobre el nivel del mar. La tierra es poco fértil. Hay en ella un 10% de rocas peladas; un 35 % de terrenos pocos productivos por su excesiva altitud, su excesiva sequedad o su mala composición; un 45% de tierras medianamente laborables, escasas de agua o de composición no demasiado buena; sólo un 10 % es realmente feraz.

Los desniveles térmicos de la mayor parte de España son tremendos; exceden con frecuencia los 50 grados entre la máxima y la mínima anual. A veces los sobrepasan. Y en el conjunto de sus tierras llegan a los 73.

Las lluvias no son abundantes en la España seca, que comprende dos tercios del solar nacional; y como es grande la radiación del sol, la aridez se acentúa con el correr del tiempo. Abarca esa zona 314.084 Kilómetros cuadrados. En 247.702 de ellos llueve menos de 500 mm. al año y en buena parte de los mismos menos de 400 mm. En Zamora y en Zaragoza las lluvias ascienden sólo a 300, en los Monegros a 200; en el Cabo de Palos a 196. Compárense esas cifras con los 800 mm de lluvia media en Francia. Y las precipitaciones acuosas no son regulares; transcurren meses sin lluvias, y cuando llegan son bruscas y torrenciales, hieren la tierra y labran las rocas. Y la zona lluviosa de España coincide en su mayoría con la región montañosa cántabro-pirenaica.

España es, con Hungría, el único país de Europa donde hay estepas. Llegan a constituir el 7% del país. Existen en la Mancha, en la depresión del Ebro, en algunos enclaves de Andalucía, en la costa del sureste.

La atormentada configuración vertical de España hace a los ríos españoles o muy breves o muy saltarines y a las veces cortos y torrenciales a la par. La escasez de

11. Saturación del estilo romano de vida en España. Acueducto construido ya en el siglo I de Cristo por una pequeña ciudad hispana, Segovia. Había apreciado el placer y la necesidad del uso de agua y la condujo al cerro en que se alzaba, mediante una obra arquitectónica en que se aúnan lo grandioso de la construcción y lo bello de sus proporciones. Es uno de los más hermosos monumentos del mundo romano.

12.-Puente romano de Alcántara, construido en 105 a.C., sobre el profundo Tajo, por la libre asociación de unos pequeños municipios del país. “Durará mientras el mundo dure”, escribió su hispano constructor. De su magnificencia dan idea sus dimensiones: su longitud es de 194 metros y sus arcos centrales miden 48 de alto por 27 de ancho. La armonía que oculta tales medidas exalta su belleza. Pocos le iguales en el orbe romano.

lluvias, su distanciamiento temporal, su no extraña torrencialidad y la fuerte evaporación solar, hacen además muy irregular y no muy caudaloso el curso de los mismos. Los estiajes de nuestros ríos son tremendos, sus aforos muy desiguales y la cantidad de agua que vierten al mar no muy elevada. El Loire, poco más largo que el Tajo, arroja al océano tres veces más caudal que él. El desnivel entre los máximos y los mínimos aforos del Guadalquivir oscila de 1 a 1000; en Córdoba, por ejemplo, pasa de los 12 m3 por segundo a los 7000 y de ordinario no va más allá de los 64. El Sena tiene en París un caudal medio de 134 m3 por segundo y oscila sólo entre los 75 y los 1875. Legendre, nada hostil a España, ha dicho que, sin abusar de la terminología geográfica, no se puede afirmar que existan ríos en la Península. En verdad sólo es navegable el Guadalquivir hasta Sevilla. La abrupta configuración del país hace las más de las veces imposible la comunicación de esos ríos mediante canales, y no pocos pueden cruzarse, en el estío, a pie enjuto.

Los escritores extranjeros de ayer y de hoy que han viajado por España han hablado con frecuencia del desierto español. Con sus ojos habituados a la tierra verde de Europa cubierta de prados y bosques abundantes, han hipertrofiados una realidad no por ello menos ingrata: la realidad de la áspera lucha del hombre y la tierra en nuestra patria. Los españoles la han trabajado con gran fatiga desde hace milenios y en ella han vivido cada vez más pobremente, pues ella a su vez iba también empobreciéndose a través de los siglos, por los desastres de la historia de sus hijos. Sobre todo desde que a partir del 722 toda ella fue alguna vez frontera entre moros y cristianos y sufrió talas e incendios que la privaron de los bosques que antes la cubrían.

¿Holgazanes, vagabundos, pícaros, bandoleros, los españoles? Es fácil acusarlos, no es difícil justificarlos.

Por la falta de agua, en la mayor parte de las tierras ocupadas por los cristianos fue imposible el cultivo de hortalizas y frutales hasta muy avanzado el siglo XIII; y lo es aún en la mayor parte de la España moderna. Entre las diversas etapas del cultivo en las tierras de pan llevar, el labriego castellano ha debido desde siempre esperar ocioso las próximas jornadas, "con ojo inquieto si la lluvia tardaba". O, como en la parábola evangélica, ha debido acudir a la plaza de la aldea para aguardar, al sol, quien quisiera contratar el trabajo de sus brazos, desde el día, temprano, en que hubo en tierras españolas muchos hombres sin tierra por obra de los desdichados avatares de la Historia. ¡Cuánto esfuerzo ha sido preciso para arrancar miserables cosechas a los millones de surcos de las áridas y gastadas tierras de las dos Castillas, de Extremadura o de Aragón, a veces labradas con el propio empuje de hombros humanos reemplazando ante el arado el buey, a la mula o al borrico, que había sido necesario vender y que no había sido posible alquilar! Y después la renta, y, lo que es aun peor, la usura, la sañuda y bárbara usura. Ayer, durante siglos y siglos, el judío. Al 100% anual y a veces al 12 % a la semana. Quien haya conocido lo implacable del aguijón del usurero en la Castilla de hoy se explicará, sin esfuerzo, la saña creciente de los

castellanos de la Edad Media tardía contra los hebreos primero y contra los "marranos" o conversos después. Contra éstos que, a más de seguir chupando su riqueza, mediante fingidas conversiones se encaramaban como cristianos nuevos -al uso de los usureros españoles contemporáneos- en la gobernación del reino, de sus ciudades y de sus campos.

La agricultura nunca fue valorada como requerían las necesidades alimenticias y por ende vitales del país. Ni los soberanos peninsulares de la Edad Media, ni los Reyes Católicos, ni los Austrias le consagraron atención vigilante y celosa. Mimaron especialmente a la ganadería lanar, porque lo seco y estéril de la mayor parte del país, lo menguado de sus lluvias y lo pobre de sus pastos no permitía el desarrollo de la ganadería vacuna sino en la España atlántica. Más la sequía que el sol abrasador provocaba en muchas zonas, durante los estíos, y las nieves que cubrían otras, durante los inviernos, forzaron a la trashumancia, en gran escala, de los rebaños de lanares; con la consiguiente precisión de grandes extensiones de tierras para pocas ovejas, la obligada reducción de las posibilidades de vida de las masas campesinas y la forja de una singular contextura vital. Porque el pastor, y el pastor trashumante sobre todo, arrastra una existencia singular, desarraigado del vivir hogareño, deshabituado de las duras jornadas de trabajo, pronto a la aventura de la marcha hacia tierras extrañas, atraído por el anual cambio de horizontes y con la mente en propicia franquía para brincar, esperanzado, hacia un más allá ultra terrestre, en su lento peregrinar con sus ganados, bajo el ojo de Dios, desde las llanuras a las cumbres.

El que podía escapar a la cadena de la vida áspera, dura, miserable de la aldea, emigraba en busca de las tierras del sur que su imaginación, asaeteada por el hambre crónica, convertía en vergeles, pero que no lo eran. O entraba en la vida ciudadana lastrado por su ignorancia de cualquier otro oficio que el de labrar el campo o cuidar el ganado, y en vano esperaba que se abrieran para él las puertas del trabajo urbano. En vano, porque la industria local no demandaba muchos brazos: los hebreos, comerciantes y banqueros, no la habían impulsado -ni siquiera en Cataluña, según reconoce Murrúa y Villarosa; y porque los cristianos, moros y judíos de la ciudad bastaban y aun sobraban para cumplir sus tareas. En vano, porque el tráfico y los negocios requerían entrenamiento y capitales que sólo los judíos poseían y que el miserable labrador no podía soñar en poseer jamás.

Mientras hubo tierras que poblar, la riada migratoria tuvo cauce por donde verterse. Pero remansada la Reconquista, los fugitivos del agro aumentaron las filas del proletariado urbano sin trabajo. La holganza forzada -hambre en el campo y hambre en la ciudad- los movió a entrar al servicio de algún caballeros -muchas veces también pobre, los obligó a seguir las huellas heroicas de los abuelos que fueron a la par labriegos y guerreros, los inclinó a entrar en religión o los impelió a vagar por el mundo en un apicarado existir a salto de mata. Soldados, frailes, criados, pícaros, fueron producto, más que de ninguna extraña combinación psíquico-biológica, más que de

ninguna simbiosis o injerto cultural o vital del pueblo de Castilla, de esa áspera y ruda pugna con la tierra y con el hombre -usurero, señor, mayoral o hermano de desgracia- del labriego castellano.

Quienes no escapaban de la tierra y seguían atados a ella por la costumbre o por falta de audacia, y la mayoría de los que se habían acogido a los centros urbanos -incluso los que habían entrado a servir a un caballero- si no habían logrado acogerse al reparo de un convento, vivían muriendo. "España o un vivir desviviéndose", ha escrito Castro sin razón. España o un vivir miserable, podríamos decir mejor. Un vivir con una dieta alimenticia rayana en el hambre.

Está todavía por hacer la historia de la milenaria subalimentación hispana. De ordinario, sobre esa tierra que Castro supone divinizada por los españoles, muchos de ellos no han llegado a comer lo que el más estricto racionamiento contemporáneo ha permitido llevar a su mesa a ingleses o franceses. ¡Sobriedad española! Sí, obligada sobriedad. "A la fuerza ahorcan." El hispano de quien Plinio dijo que vencía al galo "*corporum humanorum duritia*" y de quien Pompeyo Trogo escribió: "*dura omnibus et adscricta parcimonia*", fue sobrio y duro de cuerpo porque no pudo ser de otra manera, pues la tierra no le permitió jamás hartarse. Porque el suelo de la Galia fue mucho más generoso con el galo, los autores griegos y romanos trazaron de él una estampa diferente. Y la diferencia perdurable de las tierras de allende y aquende el Pirineo ha prolongado en el tiempo esa milenaria diversidad. Así surgen y perviven a veces las mal llamadas constantes históricas.

Si sólo es cultivable alrededor del 40% de la tierra española, los franceses pueden aprovechar hasta muy cerca del 90% del suelo. Para construir los 15.000 kilómetros de los ferrocarriles españoles ha hecho falta más dinamita que para trazar los 75.000 kms. de los ferrocarriles franceses. Y según ha observado un español residente largos años allende el Pirineo, es tan difícil en España encontrar leña para hacer una fogata y tan fácil hallar una piedra con que alejar a un perro, como fácil en Francia hallar la leña y difícil encontrar la piedra; a tal punto es notorio el contraste entre la fertilidad y lo abrupto de los solares de los dos pueblos. Como en la mayor parte de la cuenca del Mediterráneo, en buena parte de España, según acaba de señalar Braudel, "el suelo muere cuando no es protegido por el cultivo; el desierto acecha la tierra laborable y una vez conquistada por él no la suelta voluntariamente.

El dominico que en los días de Felipe II recopiló en Sevilla un "Floreto de anécdotas y noticias diversas" -acaba de editarlo Sánchez Cantón- escribe: "Dizen los italianos que no es mucho que los españoles aventuren la vida; que la tienen tan mala que en perderla poco pierden, porque andan descalzos, desnudos y maltratados, empero ellos, bien vestidos, ricos (con) mugeres hermosas y por eso temen perder la vida." Huelgan los comentarios.

¿Sobriedad? Sin hipérbole podríamos decir miseria. Miseria de los más. Miseria que a veces llegaba hasta el hambre. "Tripas llevan pies", dice un viejo proverbio que

Cervantes pone en boca de Sancho. El estómago vacío influye también en el bullir de la cabeza. "No sólo de pan vive el hombre." Si, pero no vive sin pan. De gran aguzador del ingenio calificó ya al hambre la madre Celestina. ¿Lo es a la par del genio, es decir de la potencia intelectual creadora? ¿Cuántos millares y millares de españoles se han perdido y se pierden para la gran tarea de alumbrar ideas, porque el hambre los ha privado del lujo vital preciso para consagrarse a las empresas del espíritu? Claro que sin las mordeduras del hambre no habríamos escrito los españoles muchas páginas decisivas de nuestra historia.

Sería naturalmente estúpido explicar la historia de España por la miseria de los españoles. Pero no lo sería menos prescindir de esa miseria al buscar la clave de la contextura vital hispana. De esa miseria que la pobreza de la tierra en función de su clima y de su situación geográfica en el mundo -queda dicho que España ha padecido a través de la historia del terrible mal de su extrema occidentalidad- impuso a millones y millones de españoles en el curso de los siglos.

Algún día habrá de escribirse la historia del hambre en España. Gran tema para un estudioso. La pobreza de su tierra empujó ya a los lusitanos contra las ricas ciudades de la Bética y probablemente a los cántabros -se alimentaban con harina de bellotas- contra sus vecinos del Sur, contiendas que dieron ocasión a la conquista de esos pueblos hispanos por Roma. Estrabón III, 3, 6 escribió: "El origen de tal anarquía está en las tribus montañosas, pues habitando un suelo pobre y carente de lo más necesario, deseaban, como es natural, los bienes de los otros. Mas como éstos a su vez tenían que abandonar sus propias labores para rechazarlos, hubieron de cambiar el cuidado de los campos por la milicia y, en consecuencia, la tierra no sólo dejó de producir incluso aquellos frutos que crecían espontáneos, sino que además se pobló de ladrones.".

Algunas décadas después de la conquista musulmana, del 748 al 753, España padeció crueles y largos años de hambre. Las crónicas e historias arábigas -el *Ajbar Machmu'a, Al-Bayan al-Mugrib*...- nos han conservado noticias de esos años, a los que llaman "años del Barbate", porque en la desembocadura de ese río embarcaban las gentes rumbo a África en busca de tierras más benignas. Esa hambre contribuyó a paralizar la expansión islámica en Europa y a la despoblación del Valle del Duero, decisiva en el destino de la cristiandad occidental.

Anales y crónicas arábigas siguen registrando numerosos años de hambre en la España musulmana y, apenas empiezan a ser pormenorizados, también dan frecuentes noticias de grandes hambres los anales de los reinos cristianos. "E fue fambre en la tierra", dicen los Anales Toledanos refiriéndose al año 1192. "Fue grand fambre en la tierra", repiten en 1207. "E murieron las gentes de fambre... e duro la fambre en el regno hasta el verano... e comieron las bestias e los perros e los gatos e los mozos que podían furtar", dicen en 1213. El Cronicón de Cardeña registra el hambre de 1258. El Cronicón Conimbricense cuenta que en 1333 murieron tantos de

hambre que caían en las calles y no había lugar en las iglesias para enterrarlos, por lo que se les daba sepultura de seis en seis fuera de ellas. "E bien asi foi este anno tam mao é muy peor por toda Castella é por toda Gallicia", añade el analista. Quien estudie el hambre en España en la Edad Media podrá mañana comprobar cómo se enseñoreó frecuentemente de los peninsulares.

El profesor Ibarra, al estudiar "El problema cerealista en España durante el reinado de los Reyes Católicos", ha reunido datos sobre las cosechas recogidas en algunos años de finales del siglo XV y principios del XVI. Sólo fueron buenas en 1489 y en el bienio 1508-1509.

En 1521 el hambre hizo morir a las gentes en las calles y a los animales en los campos en tierras andaluzas; el veneciano Navajuelo refirió la catástrofe y añadió que el país quedó desierto.

Felipe II, entonces príncipe heredero, al escribir una carta dramática a su padre que le incitaba a solicitar nuevos tributos a las cortes, vio ya en 1545, como muchos vemos hoy, la tremenda miseria de los pueblos que integraban la Corona de Castilla; y como hoy nosotros, destacó en esa carta, ahora famosa, el enorme desnivel que separaba las riquezas de España y de Francia. He aquí sus palabras: "La gente común, a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria, que muchos de ellos andan desnudos sin tener con que se cubrir, y es tan universal el daño que no sólo se extiende esta pobreza a los vasallos de vuestra majestad, es aun mayor en los de los señores, que ni les pueden pagar su renta, ni tienen con qué, y las cárceles están llenas y todos se van a perder." "La comparación que hace -dice después, replicando a Carlos V- del servicio que el reino de Francia ha hecho agora a su rey, estando consumido de amigos y enemigos, no es igual para en todos los reinos, porque de más que la fertilidad de aquel reino es tan grande que lo puede sufrir y llevar, la esterilidad de estos reinos es la que vuestra majestad sabe, y de un año contrario queda la gente pobre de manera que no puede alzar cabeza en otros muchos."

Porque Felipe seguía en Flandes preocupado por la miseria hispana, su corresponsal Francisco de Osorio le informaba al pormenor, desde Valladolid, de la situación alimenticia de sus reinos, en una serie de cartas fechadas en 1558. Es conocida la frase de Guzmán de Alfarache acerca del hambre que sufría de Andalucía. Y podrían acumularse otros muchos testimonios de la pobreza de los peninsulares.

En el siglo XVIII Feijóo escribió de los labradores de Galicia, Asturias y las montañas de León: “Cuatro trapos cubren sus carnes, o mejor diré que por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido; de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro acompañado o de algún lacticinio o de alguna legumbre vil; pero todo en escasa cantidad, que hay quien apenas una vez en la vida se levanta saciado

de la mesa. Agregado a estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal desde que raya el alba hasta que viene la noche; contemple cualquiera si no es más que penosa la vida de los míseros labradores que la de los delincuentes que la Justicia pone en las galeras".

Quizá pueda asentirse a la frase de Castro sobre la prisión de los españoles por su tierra si damos un giro agudo al pensamiento que para él encierran tales palabras. Esa prisión no fue cárcel de amor sino auténtica mazmorra. Impidió el vuelo de la mente de millones y millones de españoles hacia horizontes de luz y de razón. Porque los obligó a sostener una áspera batalla con la vida para conseguir, no el pan eucarístico, sino el pan de cada día. Afirmó así su vieja inclinación a empresas pasionales con preferencia al libre juego del pensar. Llegó a aflojar su ímpetu espiritual adormeciéndolos en un quietismo perdurable, sordos a la llamada de la esperanza y desdeñosos ante los atractivos de los cambios y de las novedades. Debilitó a veces incluso su mismo ímpetu vital, menguando su fuerza y su vigor físicos y relajando los resortes de su voluntad. Y lanzó a la postre a unos españoles contra otros, en un bárbaro intento de romper las cadenas de la miseria, para salir de la prisión del hambre.

Mientras los musulmanes poseyeron el supuesto vergel de las zonas del sur y los hebreos la riqueza mobiliaria, al ímpetu de la guerra divinal y nacional contra el Islam y a la saña religiosa antisemítica, tal vez se unió, como fuerza motriz de nuestra historia medieval, el acicate que de la pobreza de su tierra recibieron los cristianos para lanzarse contra moros y judíos, con la esperanza de sustituirlos en el goce de sus bienes. América canalizó más tarde, no sólo el multisecular ímpetu misional hispano y su multisecular bélico dinamismo, sino las ilusiones desesperadas de muchos que no habían logrado vivir, sin miseria, en las viejas y pobres tierras españolas. Pero después, y a medida que aumentó la población de España, esa pobreza del solar nacional, pobreza que no era posible remediar –no ha sido posible remediarla hasta ayer en que la ciencia dio saltos gigantescos tras milenios de impotencia-, colaboró, por desgracia, de continuo, con la pasión española y con la singular ecuación hispana entre poder, riqueza y servicio, a lanzar a unos españoles contra otros, porque no había asientos para todos en el festín de la vida. Esa disputa se ha agudizado hoy: porque ha aumentado el número de los peninsulares, porque se han cerrado las válvulas que permitían verter hacia afuera la presión vital acumulada por la miseria y porque los desdichados azares del choque provocado por la vieja pelea en torno a la mesa redonda del vivir, han impedido que la técnica cambie la potencia productora del solar español.

Esa tierra divinizada por los españoles, de creer a Castro, hizo difícil además la industrialización de España y el desarrollo en ella de un activo comercio. Estrabón señaló ya que la distribución y el curso de los ríos de la Galia permitía transportar con facilidad las mercancías de un mar a otro de los que bañaban sus costas. Esos ríos

facilitaron también la circulación de los productos fabricados por los galos. La configuración horizontal y vertical de la Península, sus cordilleras transversales, que sólo podían ser atravesadas por ásperos caminos, y los ríos por ellas separados, ríos a veces sangrados por largos estiajes, dificultaron ya el tráfico en Hispania y han seguido dificultándolo a través de los siglos, en la España medieval y en la moderna. Ha sido más barato llevar mercaderías desde Génova a Sevilla y desde Brujas o Amberes a las costas cantábricas que trasladarlas a éstas i a algún puerto andaluz desde Segovia, Ávila, Toledo o Cuenca. Ni los ríos españoles eran navegables ni los caminos eran practicables sino por recuas de mulas o por carretas de bueyes. Isabel de Valois, que había llegado en carroza hasta España, hubo de cabalgar al entrar en la Península para casarse con Felipe II. Y si era a las veces difícil enfrentar la competencia foránea en el propio país, era imposible soñar en competir con la industria extranjera fuera de la Península. Porque ésta se hallaba en el extremo occidental del mundo, alejada del eje económico de la Europa de entonces que iba de Lombardía a Flandes y estaba separada de ambas tierras por el tormentoso Mar Cantábrico o Golfo de Vizcaya o por el Mediterráneo occidental – mucho más agitado que el de oriente- a lo largo de milenios sólo navegables durante los breves meses del estío. Sólo en pocas zonas de Hispania, es decir, de la Península, era posible hallar buena y abundante madera, a propósito para la construcción de barcos. Felipe II hubo de importar madera del Báltico para sus flotas de guerra – lo ha probado Braudel – y según el memorial de Duarte Gómez a Felipe IV, que Castro ha citado, cuando los holandeses se apoderaban de alguna nave hispano- portuguesa no la incorporaban a su servicio, por lo pésimo de la madera de que estaba construida.

Cuando comenzó la industrialización intensiva de Occidente, mal habría podido España, falta de carbón, seguir las rutas de pueblos que disponían de él en abundancia. Y ni siquiera le es fácil hoy lograrlo; las sequías reducen con frecuencia en proporción aterradora la fuerza eléctrica de las represas construidas en España, mientras pueden aprovechar sin trabas las suyas las naciones de la Europa húmeda.

La configuración, el clima y la situación de la tierra española, al dificultar así el desarrollo de la industria y el comercio de Castilla, colaboraron con la tradición multisecular de los peninsulares y con el proceso absorbente, y a las veces angustioso, de la reconquista y de la repoblación, en el apartar a los españoles de las actividades económicas. Y movieron al español, y en particular al castellano, a verter su tensión vital por cauces épicos y pasionales, de espaldas a las tareas de la paz y por ende al margen de las puras actividades del espíritu.

***

La tierra, madrastra así de los hispanos – si la miramos con ojos de hombres obligados a la consideración de los problemas económicos – colaboró además desde

otras posiciones a completar el cerco de los españoles por las singulares apetencias anímicas, que han contribuido a labrar despaciosamente el cauce profundo de su contextura vital. Me refiero a la acción de su costa exterior, al influjo en la estructura funcional de los peninsulares, del paisaje en que ha transcurrido su milenaria monocorde existencia.

No hace el hombre al paisaje; ni siquiera puede siempre a su capricho modificar el bozo arbóreo de la tierra. A la par poderoso e impotente frente a la naturaleza y frente a si mismo en cuanto forma parte de ella, este a un tiempo maravilloso y pobre ser que es el hombre puede más destruir que crear. Con un toque de bisturí en el cerebro suprime una potencia mental, vigorosa hasta entonces. ¿Puede devolver vitalidad a otra ya caduca? A su capricho aniquila si le place millares de millones de vidas. ¿Puede crear una sola vida de la nada, quiero decir, de la materia inerte? Hasta ayer el hombre podía destruir un bosque con el fuego, pero en la cuenca del mar Mediterráneo rara vez los apremios de la historia le permitían repoblar, en lucha con la tierra y con el cielo, el bosque destruido. Hasta ayer – hasta el siglo que ha presenciado el triunfo de la ciencia y de la técnica – no podía alumbrar y conservar grandes cantidades de agua para regar anchas extensiones de tierra. Y aun hoy el cielo inclemente se burla a las veces del esfuerzo humano y devuelve a su primitiva condición, mediante tronadas y sequías, las tierras mudadas en vergeles por el hombre.

De enemigo del árbol se ha calificado al castellano. Es fácil acusarlo de ello. Tanto como difícil hacer crecer árboles en las sedientas tierras de Castilla, donde la falta de agua, incluso para las más imperiosas necesidades de la vida humana, ha obligado a los hombres a agruparse en centros de población, de espaldas al agro, al socaire de un arroyo, un manantial o un pozo. Tan difícil como ha sido y es todavía conservarlos, porque los trallazos del frío – en mi Ávila a veces hasta 27º bajo cero, no mucho menores en extensas zonas de Castilla la Vieja y también fuertes en la meseta del Tajo – no han podido curarse por siglos, ni pueden aún curarse, sino arrojando leña en los hogares.

Nadie de tejas abajo puede hacer de Castilla un país suave y dulce, umbroso y melancólico, propicio a extasiarse ante las melodías de la lira mediterránea o de la flauta atlántica; un país de nostalgia, transido de lirismo y de ternura, asaetado por las flechas de la imaginación y de la fantasía, poblado de trasgos y fantasmas, atenazado por el temor a los misterios terrenales, capaz de atar al hombre con irrompibles amorosos lazos a sus abrasados y sedientos campos. Ni siquiera en sus rugosos bordes, donde la tierra se aprieta y se eleva hacia el cielo en ásperas cierras y forma entre ellas bellos valles de montaña. Desde el madrileño Cristo del Pardo, desde el Rastro de Ávila o desde las almenas del Alcázar de Segovia se contempla Castilla en su zona serrana y allí está ya, no obstante, el peculiar paisaje castellano disparándonos sus acerados dardos.

Las tareas cambiantes o monocordes de los pueblos, sus contactos pugnaces y pacíficos con los grupos humanos vecinos han ido labrando los cauces de sus estilos vitales, pero en concurrencia, en colaboración o en batalla con la tierra, como fuente de vida, y con el paisaje, como fuente de emociones. ¿Quién osará negar que el vivir perdurable de los peninsulares, en combate con su tierra o con sus tierras y hundidos en su paisaje o sus paisajes –celestes y terrestres- ha contribuido al cuajar de la contextura temperamental hispana, tanto a lo menos como sus relaciones guerreras o pacíficas con las culturas o naciones entre las que ha transcurrido su existencia?

Podría alegarse en prueba de este aserto la doma de los conquistadores sucesivos de España –desde los eneolíticos hasta los islamitas – por el paisaje y por la tierra hispanos. Hay además casos turbadores de influjo decisivo de la tierra y del paisaje en el cuajar del carácter de los pueblos. La llanura del Duero y la Andalucía del Guadalquivir vieron renovarse casi integralmente sus masas humanas, en los siglos medievales, con catervas de inmigrantes norteños. Y sin embargo el poder catalizador del paisaje y de la tierra castellanos y andaluces ha sido tan fuerte que ha fundido y vuelto a crear dos comunidades humanas nuevas, muy vinculadas temperamentalmente con las que les habían precedido milenios en el habitar de esas dos regiones de Hispania y muy distintas de las que habían constituido la matriz histórica de donde habían salido sus colonizadores septentrionales.

Sería equivocado interpretar el enigma histórico de España en función de la tierra y del paisaje. Pero no lo sería menos prescindir de la acción del paisaje y de la tierra sobre el hombre, según ha hecho Castro al bucear en el misterio genético de la estructura hispánica de vida. La historia ha diferenciado al levantino del castellano y del gallego – portugués de las costas atlánticas y ha distinguido asimismo al andaluz del hombre de Castilla y del Cantábrico; pero también los ha diferenciado la tierra y el paisaje. Como el paisaje y la tierra en alianza o pugna con la historia, ha contrapuesto y enfrentado a españoles, ingleses y franceses, por ejemplo.

En la mayor parte de España – en la España seca o mediterránea – han faltado las fuerzas centrífugas que empujan al hombre a vivir en comunión con la naturaleza y han triunfado las fuerzas centrípetas que le incitan a apiñarse en poblados, de espaldas al agro. Y la tierra y el paisaje conjugados con el clima han ido ratificando las agrupaciones urbanas y aumentando la densidad demográfica de las mismas, desde los caseríos vascos y las minúsculas aldeas de los valles gallegos y de las serranías cántabro – astures hasta los grandes pueblos andaluces. ¿Ha podido ser factor ineficaz en el contraponer de España a la Europa húmeda ese triunfo de las fuerzas centrípetas sobre las centrífugas en el agrupar o dispersar de los hombres sobre la piel de toro de Hispania? ¿Ha podido serlo en el diferenciar de las regiones españolas? ¿No se labran estilos de vida dispares los hombres que habitan dispersos por el campo o en pequeños poblados y los que se agrupan y se aprietan en centros urbanos más o menos densos? ¿No crecen la irritación y las fricciones, y por ende las pasiones y las

sañas, en los núcleos de habitación que no son cortes ni cortijos? ¿No aumenta, en cambio, el orgullo en los solitarios habitantes de caseríos de montaña, que fían de sus fuerzas y no pueden contrastar su auténtico valor con los valores ajenos? ¿Y no se afirman el sentimiento de autolimitación del propio apetecer y la tendencia a la pacífica convivencia con los conciudadanos, en los moradores de poblaciones de considerable importancia demográfica? No es difícil aplicar estas realidades psicológicas a la caracterización de castellanos, vascos, andaluces o levantinos.

La tierra y el paisaje – la tierra como fuente de riqueza o como generadora de miseria, y los dos paisajes, terrestre y celeste, entre los que el hombre vive, como manantiales de encontradas emociones – han proyectado además otros influjos decisivos en la herencia temperamental de los pueblos. Los que han vivido encerrados en valles umbrosos y estrechos bajo la cúpula de la lluvia o de la niebla o en llanos poblados de bosques bajo el albo manto de la nieve y el flagelador azote del frío, no han podido enfrentar la vida de igual modo que quienes han visto transcurrir los siglos en llanos de soleada desnudez, en que el ojo humano se dispara hacia la lejanía son tropezar con velos de humedad ni con fronteras arbóreas, o en valles luminosos y alegres pero abrasados por largos y crueles estíos y resecados por la ausencia de lluvias o de nieblas. En esas diferencias está en parte enraizadas las que apartan a los españoles de los otros pueblos de Europa y las que distinguen a los españoles entre sí. Quien haya vivido con la mente alerta a orillas del Spree, del Danubio, del Elba, del Rin, del Sena, del Támesis, del Tíber o del Po, o dentro de España, a orillas del Miño, el Arlanzón, el Arga, el Llobregat, el Segura, el Guadalete, o el Guadiana, se habrá podido dar cuenta de cómo el cielo y el suelo inclinan al hombre que vive en sus riberas hacia la extroversión, la vida al aire libre, el goce del color, la charla, la pereza... O le mueven al dinamismo, la meditación, la vida de interior, el juego de los sonidos, el cubileteo de los pensamientos, los pacientes trabajos... Pueden los hombres por impulsos de su razón o por la fuerza del hábito vencer esas seducciones de la naturaleza, o pueden desoírlas por obra de una adversa tradición temperamental, pero ahí están facilitando o dificultando la consagración de los pueblos a estas o las otras tareas.

Una pregunta turbadora me viene a los puntos de la pluma. Si por artes de magia en el reinado de los Reyes Católicos se hubieran establecido en Málaga y su tierra los moradores de Koenigsberg y su distrito y hubiesen ido a colonizar en el puerto báltico los habitantes de la ciudad mediterránea, ¿habría nacido Kant en Málaga y habrían los malagueños cantado flamenco en Koenigsberg en el siglo XVIII? A juzgar por lo que Sevilla y si alfoz han hecho de los pobladores gallegos, leoneses, castellanos, francos o genoveses que se establecieron en ella allá en el siglo XIII, podemos contestar que no, sin vacilar. Madame Curie, de regreso de un viaje a Andalucía, confesó que de haber nacido en ella no habría descubierto el *radium*.

Y es inútil argüir que bajo el luminoso sol y el cielo sin arrugas de Grecia,

Teognes, Hesíodo, Arquíloco, Platón concibieron pensamientos profundamente pesimistas o que en la Grecia bizantina o turca no nacieron ningún Platón ni ningún Aristóteles, ningún Fidias ni ningún Praxíteles, ningún Aristófanes ni ningún Eurípides, porque claro está que los frutos culturales, como los de la naturaleza, requieren algo más que un suelo y un cielo. Requieren el árbol que pueda producirlos; y el de las creaciones del espíritu exige, en la historia, un delicado y complejísimo injerto que no es fácil lograr, y que no puede madurar en cualquier tiempo.

El estilo de vida de los pueblos es hijo de la cópula entre la tierra y la historia – de la cópula entre la tierra, fuente de vida y de emociones y el hombre en lo que tiene de ser histórico – repetida a lo largo de los siglos. Cópula iniciada en la remota y misteriosa prehistoria y repetida en un multimilenario proceso biológico de transformación y selección de especies históricas en el que, naturalmente, se han entrecruzado y activado recíproca y continuamente vida y cultura. Castro parece olvidar su propia teoría sobre la estrecha vinculación de ambas en la historia y sobre la precisión de realzar lo vital, hasta ahora poco atendido por los historiadores. Parece olvidarlo al dejar de lado como factor de creación histórica uno de los grandes manantiales de la vida humana: la tierra. Tanto más serán los pueblos hijos de ella cuanto más cerca se hallen de lo que pudiéramos llamar el cero histórico absoluto.

***

Puede alegarse algún ejemplo de lo fecundo de esa cópula entre historia y tierra en el acular de la herencia temperamental de los pueblos. El estilo de vida galaico no es sólo hijo de la tierra de Galicia y del grupo humano que sobre esa tierra habita. Lo he dicho ya y lo diré muchas veces más en estas páginas. El carácter gallego debe mucho a la sucesiva acumulación de numerosas capas de dominadores, desde los días lejanos del neolítico, en aquel rincón extremo del mundo antiguo, del que no era posible ni retroceder ni avanzar; retroceder, porque detrás estaban empujando las nuevas oleadas inmigrantes, y avanzar, porque el ignoto mar los detenía. Los pueblos que iban quedando prisioneros en ese *Finis Terrae* hubieron de habituarse a soportar a los nuevos señores y tuvieron que aprender a defenderse de ellos mediante la astucia, la intriga, el ingenio, el tacto de codos y la inteligente evocación de la norma jurídica. Pero ¿se atreverá nadie a negar que junto a esa postura defensiva a que les forzó su historia –condicionada por lo singular de la situación geográfica de su solar nativo – colaboraron, con éxito, la tierra y el paisaje galaicos – justamente el reverso del paisaje y la tierra castellanos - en la formación de la peculiar contextura vital del pueblo gallego? ¿quién podrá desvincular la manera de enfrentar la vida de las gentes de Galicia, de esa tierra temperada por la corriente del Golfo, de ordinario velada por lluvias y neblinas, de horizontes siempre limitados, protegida por abundantes bosques, de pastos ricos e inagotables, rica e inagotable en aguas y propicia por tanto a ser habitada por el hombre en múltiples y minúsculas agrupaciones humanas; y de ese

paisaje suave, dulce, umbroso, melancólico, transido de lirismo, propicio al vuelo de la fantasía y de la imaginación, poblado de trasgos y fantasmas, incitante a la meditación y capaz de atar al hombre con irrompibles lazos de nostalgia? ¿Podía haber sido un pueblo épico, vehemente, exaltado, extrovertido, confiado, torturado por la inquietud del más allá ultraceleste, pronto a la batalla por la fe, porfiado, duro, desdeñoso de la muerte, el que a través de docenas y docenas de siglos ha vivido en esa tierra? Si el Cid nació en Castilla, Galicia alumbró a Gelmirez – el león y la vulpeja -; de solar castellano era el bravo y heroico marino y capitán don Pero Niño y gallego su cronista, el muy racionalista y razonador Gutierre Díaz de Gámez frente al férreo Duque de Alba puede alzarse al bravo pero sutil conde de Gondomar; y no casualmente nacieron en tierras de Ávila Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y Feijóo en tierras de Orense.

Sólo Castro ha podido imaginar hechura del Apóstol a la Galicia Lírica, nostálgica, sobresaltada por el misterio, hábil para la intriga, recelosa, encerrada en sí misma, saturada de espíritu jurídico, irónica, sonriente, sin aristas, siempre a la defensiva, ahincada en el presente, en íntima comunión con la naturaleza, más razonadora que bélica... Como fuerza espiritual de la historia hispana Santiago fue invención de la galaica fantasía; y fue quizás recreado después por las gentes épicas de la meseta del Duero, al convertirle en *Miles Christi*, andando el tiempo. Con intención defensiva (¿subconciente?) los astutos gallegos le explotaron, si, como fuente de prestigio ultra y cisceleste; e ingenuamente, con fines ofensivos, como manantial de bélica energía, los orgullosos castellanos.

Antes de que el Apóstol cabalgara por la historia española ya existía entre las dos regiones de España el mismo contraste que ha existido después entre ellas. Castro ha olvidado dos hechos muy significativos: Estrabón declara haber leído en algunos autores antiguos que los gallegos eran ateos, mientras afirma que los celtíberos y sus vecinos del norte – es decir, los abuelos de los castellanos – eran monoteístas, adoraban a una divinidad innominada a la que rendían culto en los plenilunios pero que no era la luna. Después, en Galicia triunfó la adoración de la naturaleza y en la meseta perduró la religión del espíritu, a juzgar por la abundancia y el silencia de las inscripciones sobre dioses de las dos regiones. Los dos pueblos habían ya enfrentado por tanto de modo diferente en fecha muy remota las fuerzas misteriosas que los hombres presienten como rectoras de la vida y del mundo.

Ni uno sólo de los muchos códices del Comentario al Apocalipsis por Beato llegados hasta hoy procede de Galicia; la gran mayoría de ellos fueron copiados en Castilla. Los gallegos de los siglos IX y X no se sintieron atraídos por ese libro revelador del juicio postrimero; no se sintieron sacudidos por la misma angustia que los castellanos ante el mañana. Ya era Galicia un país de vida menos áspera y dramática, más remansado en el presente, más sereno ante el problema de la eterna salvación.

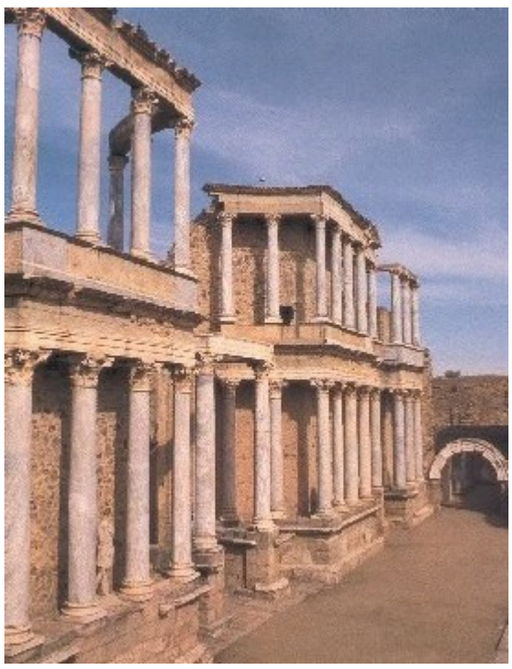
Las dos comarcas estuvieron habitadas por un pueblos mestizo – en ninguna zona de España fue más complejo ese mestizaje que en Galicia - en que predominaba

el elemento celta. Habrá por tanto de concederse que hubo de influir en la diferenciación espiritual de ambas zonas su tierra desigual y su desigual paisaje.

Sólo Compostela, la ciudad que surgió y medró en torno de la tumba del Apóstol, fue obra suya o, para decir mejor, de la fe en Santiago, de España y de la cristiandad occidental; la ciudad creada por el gran movimiento turístico de los siglos medievales, por la fecunda corriente de las peregrinaciones.

No el Apóstol, su historia milenaria, en la que Santiago fue un factor potencial más – ni el primero ni el último -, su historia milenaria: ora condicionada por su tierra, ora en alianza con ella, ha hecho al pueblo gallego tal como ha sido y tal como será todavía por siglos.

Como la historia, en función de la tierra, ha ido dando vida a las diversas agrupaciones históricas que integran España, desde el Cantábrico hasta el Estrecho de Gibraltar y desde el Atlántico al Mediterráneo. Si Galicia ha sido a la par el *Finis Terrae* y el *Finis Hispaniae*, Cataluña ha sido la puerta de España. Si en Galicia han ido acumulándose en estratos sucesivos de dominadores la mayor parte de los invasores de la Península, por Cataluña han ido penetrando en Hispania muchos pueblos y muchas culturas de allende el Pirineo y de allende el mar, y han ido vertiéndose hacia afuera culturas y pueblos hispanos, desde el paleolítico hasta nuestros días. A su paso por esa puerta de España, siempre entreabierta, esa doble corriente, espiritual y sanguínea, que avanzaba hacia el corazón de la Península y que desde ésta ganaba los llanos de Francia o se deslizaba por la tersa superficie del Mediterráneo, ha fertilizado repetidamente el solar histórico de Cataluña. Los pueblos que por esa puerta de España han ido cruzando de Norte a Sur o de Sur a Norte y del mar a la tierra o viceversa, han dejado en Cataluña huellas dispares de sus dispares etnias – los mestizajes raciales de que ha surgido el pueblo catalán son tan complejos como los que dieron origen al pueblo gallego, aunque no sean iguales. Y las culturas que por Cataluña han ido penetrando en España o de España han ido saliendo han dejado en tierras catalanas una intensa fermentación espiritual, un gusto por las novedades, una inclinación pasional a recibir y adaptar las corrientes ideológicas y técnicas que han ido surgiendo en el mundo en torno y una facilidad extrema para catalizarlas o para ensayarlas a lo menos. Si la tierra y el paisaje gallegos, señoreados por las lluvias y nieblas del Atlántico, en alianza con la histórica condición de *Finis Hispaniae*, de Galicia, han ido creando el estilo de vida galaico, dominado por la astucia zigzagueante de un pueblo nostálgico, lírico y de ordinario a la defensiva; la historia de Cataluña como puerta y puerto de España, en alianza con la tierra y el paisaje catalanes, señoreados por los soles y luces y transparencias del Mediterráneo, han ido creando un estilo de vida diferente, dominado por la inquietud dinámica de un pueblo orgulloso, alegre, ágil, artista, amador de novedades y menos hábil para la intriga política que para la ofensiva histórica. Y así siempre y por doquier en la Península, la historia y la tierra en cópula prolífera han ido alumbrando a Asturias, a Castilla, a Vasconia, a



13. Fundada Mérida para sede de los veteranos que lucharon con los heroicos cántabros y satures, llegó a ser una gran ciudad, ornada con espléndidos edificios y con bellas obras de arte. El más importante de aquellos fue el teatro, terminado en el 18 a.C. y reconstruido por Trajano y Adriano. Mientras el pueblo seguía llenando sus gradas, en una casa descubierta de las inmediaciones empezaron a reunirse los primeros cristianos emeritenses.

Aragón, a Portugal, a Andalucía y a Valencia; como han diferenciado fuera de España, en la Europa Occidental, a las diversas comunidades históricas que sirven de humano sujeto a las naciones de hoy.

Los prehistoriadores - -arqueólogos o lingüistas - han gustado de destacar la acción de la raza en el acuñar de las formas de vida de los pueblos. Y así Bosch Gimpera ha defendido la perduración histórica de las tribus hispanas primitivas desde la antigüedad a través de la Edad Media – me será preciso, luego, enfrentar ese tema - y Tovar ha explicado la macización de lo islámico en el Levante español por la comunidad racial que unía a los moradores de esas tierras levantinas con los invasores musulmanes, africanos u orientales como ellos. No negaré la parte de verdad que pueda haber en la manera de enfocar las relaciones del hombre y la tierra por estos dos profundos conocedores del ayer remoto de la península hispánica. No podría negarla quien como yo ha comprobado las turbadoras semejanzas que unen la contextura vital de los hispanos de comienzos de nuestra Era con la herencia temperamental de los españoles modernos; quien como yo ha ido registrando en grandes figuras literarias de la España musulmana, rasgos psíquicos y vitales de los hispanos del lejano pretérito peninsular y de los españoles de nuestros días. Pero me parecen muy complejas y no puramente raciales las causas de esos parentescos y de aquellos contactos y perduraciones.

No es fácil contestar a esta inquietante pregunta: ¿qué es la raza? No cabe responder a ella desde el puro campo de la biología diciendo que es el resultado de la

transmisión genética de ciertos caracteres diferenciales, porque no es lícito desdeñar en la formación de las razas lo histórico – cultural. Ni siquiera me parece lícito enfocar así el problema en relación a las grandes y auténticas razas en que se divide la especie humana, a las que, naturalmente, no me refiero aquí. Veo la raza como fruto de una multimilenaria cadena de reacciones complejísimas de la tierra y de la historia sobre los grupos humanos sometidos a su perdurable influencia. El hombre sería así doblemente historia, porque es en sí genérica y esencialmente un ser histórico y porque históricas serían las agrupaciones de hombres enlazados por semejanzas étnicas.

Como todo en la historia se forja despacio y despacio varía, si es algo más que un meteoro fugaz y pasajero, las comunidades humanas basadas en parentescos vitales y culturales han visto prolongarse en el tiempo sus contexturas psicofísicas.

¡La tierra y el hombre! Decisivo contacto en el hacer de la historia. Cópula demasiado dramática para dejarla reducida a mero borbollón de temas literarios. Complejo enfrentamiento cuyas consecuencias no pueden ser sino esbozadas aquí. Y harto trascendente y desbordante problema para servir de apoyatura a la tesis –caduca- de Castro sobre el nacer de lo español como mero fruto de la simbiosis de lo cristiano y de lo islámico en la tierra habitada por el hombre hispano.